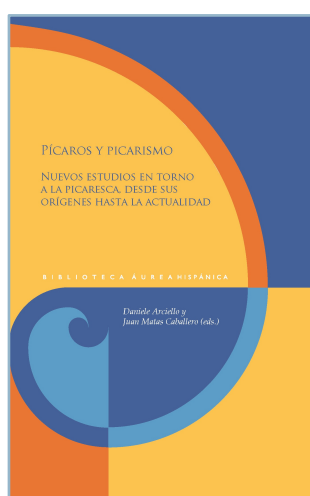


ARCIELLO, Daniele y Juan MATAS CABALLERO, eds., *Pícaros y picaresmo. Nuevos estudios en torno a la picaresca, desde sus orígenes hasta la actualidad*, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Veruert, 2023, ISBN: 978-84-9192-353-4. 245 págs.

Fernando SANZ-LÁZARO

Universität Wien (Austria)

Fernando.sanz-lazaro@univie.ac.at



La picaresca no ha dejado de suscitar debate en cuanto a su definición y límites desde el impreciso momento en que se acuñó el término para abarcar fenómenos heteróclitos pero emparentados. El afán clasificatorio ilustrado encontró aquí un terreno fértil donde echar raíces, crecer, ramificarse hasta nuestros días y dar los frutos filológicos que hoy siguen siendo motivo de no poca discusión. Sin embargo, se obvia a menudo el anacronismo que supone hablar de la *novela picaresca* como constructo crítico en la temprana Edad Moderna. Quienes vieron el despertar del género no lo contemplaban

en nuestro sentido moderno, sino que tenían conciencia de un vago aunque presente fenómeno, acaso más cercano al frontispicio de la edición príncipe de *La pícara Justina* (1605) que a rasgos formales. El libro *Pícaros y picaresmo* propone retomar la aproximación holística. No reniega de la corriente formalista ni abraza el referencialismo incondicionalmente; tampoco desdeña otras vías. Con todo, si hay un hilo conductor en sus artículos, es precisamente que estos apuntan a *lo picaresco* a despecho de la *picaresca*. Como refiere la introducción, se acercan a la noción de Molho (1983) de *picaresmo*, pero no tomándola como un corsé, sino como modelo flexible de tradición narrativa al que acercarse más o menos, sin necesidad de una identificación total con él. Los editores apelan a este «carácter híbrido, permeable y perdurable de la picaresca» (pág. 10) para desligar el hecho picaresco del género narrativo. En efecto, el modelo canónico tiene poca cabida en las nueve contribuciones que conforman el monográfico; y está bien que así sea, pues vuelve la vista a esos otros picaños con frecuencia olvidados que deambulan a

ambos lados de los márgenes genéricos, lejos de la centralidad que ocupan el *Lazarillo*, el *Guzmán* o el *Buscón*, aunque con la vista puesta en los modelos, ora para imitarlos, ora transformarlos, ora subvertirlos.

Lo picaresco no surge en el vacío, es bien sabido, pero ocasionalmente se olvida que tampoco nace en soledad, sino que es una más de las múltiples expresiones literarias que se alimentan del tesoro legado por la literatura grecolatina. María Asunción Sánchez Manzano empieza a tratar esta extensión del picaresco a otros ámbitos y desde ellos mediante sus referencias comunes con la literatura renacentista, de profunda raigambre clásica. Esta primera contribución, titulada «Retórica neolatina de traza picaresca: la tradición de invectiva y del elogio», repasa motivos que hoy tenemos por típicos de los pícaros y cuya presencia, empero, ya se había hecho notar con vehemencia en las creaciones precedentes. El capítulo comienza por abordar las resonancias guzmanianas que se encuentran durante la transición neolatina de la sátira menipea. La autora da cuenta de la impronta que deja en los autores renacentistas la recepción del pensamiento cínico y escéptico, cuyos puntos coincidentes con la producción narrativa en romance que habría de surgir poco después, y ahora nos ocupa, son muchos y de incuestionable interés. Sánchez Manzano destaca particularmente las formas más breves; busca en ellas los mecanismos retóricos que evidencian la pertenencia a una tradición compartida por humanistas y novelistas picarescos. Todo esto se materializa en un sustancioso artículo de gran valía para contextualizar todos cuantos del género picaresco se han escrito.

A continuación, en «Dos episodios picarescos en *El viaje entretenido* (1603) de Agustín de Rojas Villandrando», Jesús Ricardo Córdoba Perozo analiza la presencia de formas y motivos propios de lo picaresco en el prólogo y dos episodios del libro mencionado en el título. Al igual que en el capítulo anterior se apelaba a la herencia común de la literatura áurea y la renacentista, que necesariamente redundan en coincidencias. Córdoba Perozo defiende aquí que la consolidación de la prosa, en general, y la picaresca, en particular, contribuyen sobremanera a moldear un determinado horizonte de expectativas en los lectores de la época, lo que se traduce como manifestaciones evidentes en la producción inmediatamente posterior. En consonancia con esto, sostiene que, sin que la obra de Rojas sea propiamente del mismo género, bebe de las fuentes guzmanianas y lazarillescas. De esta manera, los recursos picarescos deliberados servirían no solo para lograr una ficcionalización realista, sino para hacer el libro más atractivo a un público con querencia por una forma literaria conocida y reconocible. La difícil clasificación formal de *El viaje entretenido*, donde confluye una multiplicidad de materiales desemejantes, añade

peso al argumento del autor, quien termina planteando hasta qué punto podrían haber considerado la miscelánea de Rojas como picaresca sus coetáneos, ajenos al nuestro baremo crítico moderno.

Como es de esperar en un monográfico de estas características, la figura de la pícaro representa también un papel destacado. Aquí entran en escena por primera vez en su acepción más laxa, no en un sentido formal, sino por contraposición a las damas virtuosas y nobles. Fernando Rodríguez Mansilla asume esta empresa y retoma en el capítulo «Las pícaras, el ornato corporal y el vestido en *Corrección de vicios*» un tema que ya había explorado más a fondo en lo tocante a Castillo Solórzano (*Picaresca*) con felicísimos resultados. La atención se dirige en esta ocasión a la mencionada *Corrección de vicios* (1615) de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo. Toma de ella las tres novelas cortas *La dama del poco muerto*, *El escarmiento del viejo verde* y *La niña de los embustes*, esta última ya abordada en parte en la antología de Castillo Solórzano como motivo intertextual de la obra homónima (1632). Rodríguez Mansilla ve en la picaresca un «campo de debate de prácticas culturales» (pág. 88), lo que expresa en ocasiones mediante la traducción de usos de la temprana Edad Moderna a los términos algo más propios de una sociedad posindustrial. En concreto, establece una asociación directa entre la vanidad y el afán de medro con el *consumismo*, cuyo componente instrumental en el caso de las pícaras no se le escapa, si bien tampoco abunda en la cuestión. De cualquier modo, encontramos glosados tres ejemplos muy bien traídos de lo picaresco al servicio de la sátira social, que ilustran fenomenalmente el arraigo de los elementos prestados propios del género en la prosa áurea allende sus límites formales.

Por su parte, José Manuel Correoso Ródenas aborda la narración que inspira uno de los relatos de la contribución anterior con «Teresa de Manzanares: embustera, pícaro, obrera, víctima». El autor enmarca *La niña de los embustes* (1632) tanto en el género como mediante una sucinta aproximación a la vida de Castillo de Solórzano. Para lo primero, se suma a la postura de los que encuentran el germen de la picaresca en una anomalía antropológica. Lo hace de una manera un tanto peculiar, pues se remite textualmente a Parker (1967: 13) para argüir a favor la excepcionalidad hispánica. Sin embargo, omite la frase que concluye y cualifica las palabras de su cita, donde el hispanista inglés atribuye los rasgos supuestamente definatorios del temperamento español a la universal condición humana; deja asimismo de lado los múltiples ejemplos del polémico trabajo de Parker sobre la ubicuidad en Europa de condiciones sociales equiparables. Dejando de

lado ese debate, Correoso Ródenas insiste en que la novela subvierte las convenciones del género y su protagonista es la antítesis del pícaro clásico. En su opinión, Teresa no solo incumpliría lo que se espera de alguien del oficio, sino «que contraviene la esencia del pícaro» (pág. 101). Provee para fundamentarlo algunos ejemplos de disimilitudes de la pícaro respecto a otros de la profesión, aporta algunos argumentos de peso sobre lo que diferencia a Teresa de Lázaro, Pablos, Guzmán o incluso Elena, pero se echan a faltar otros pícaros, como Justina, cuyo natural y acomodo familiar no distan tanto de la creación de Castillo de Solórzano.

La mutabilidad de la novela picaresca se muestra a las claras en sus reencarnaciones tardías, donde lo característico puede materializarse incluso *ex contrario*. Esta ductilidad que llega hasta la reversión es lo que trata Miguel Donoso Rodríguez en el capítulo «De pícaro a santurrón: la evolución del protagonista en algunos epígonos del género picaresco». Parte del conocido *proceso dinámico* concebido en su día por Lázaro Carreter (1972: 198-199). No es lo único que Donoso Rodríguez toma prestado del insigne filólogo aragonés, ya que también los criterios de selección de casos se acercan a su marco formalista. Encontramos, pues, una aproximación relativamente ortodoxa a pícaros que no lo son tanto. Las obras que dan pie al estudio son *El escudero Marcos de Obregón* (1618) de Vicente Espinel, *Alonso, mozo de muchos amos* (1624) de Jerónimo Alcalá Yáñez y *Periquillo el de las gallineras* (1668) de Francisco Santos. Donoso Rodríguez ya se había empleado con las dos últimas en sendas ediciones críticas (Alcalá Yáñez, *Alonso*; Santos, *Periquillo*) y, si bien el espacio de un capítulo no se presta a dedicarles tal minuciosidad, la combinación de varios personajes de distinta procedencia en un solo trabajo proyecta una visión panorámica que no pueden ofrecer estudios individualizados. Esos dos personajes, junto al de Espinel, sirven al autor para revelar las puntadas que hilvanan la decadencia del género por una suerte de honradez progresiva que acaba deviniendo poco menos que en gazmoñería, a la vez que el entorno reemplaza al protagonista como objeto de reprobación.

Iria Pin Moros también concibe de acuerdo a una forma acostumbrada su capítulo, «Ecos del estilo del *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán en la *Tercera parte* de Machado Silva». El pícaro de esta continuación (ca. 1650), al contrario que el tratamiento que recibe de Pin Moros, es más exótico: no solo se trata de una secuela espuria del *Guzmán* (1599; 1604), sino que, además, el protagonista habría abjurado de su esencia picaresca. La autora da precedencia a los rasgos formales de las novelas frente a la configuración interna de sus personajes, confronta la creación del portugués con su modelo literario, el *Guzmán*, más que al epígono Guzmán con

su maestro. Busca semejanzas y diferencias en el estilo y recursos entre ambas interpretaciones del material, lo que realiza, sobre todo, mediante el escrutinio de elementos retóricos. Esto la lleva a una conclusión paradójica, en el mejor sentido: Machado habría explotado los mecanismos del arquetipo para construir un texto nuevo y ajeno a aquel.

Con el siguiente capítulo, titulado «*El periquillo* de Lizardi y la picaresca de la Ilustración en Nueva España», Beatriz de Alba-Koch avanza casi más de dos siglos desde el *Guzmán*; la Guerra de Independencia de México acaba de entrar en su última etapa en 1816, fecha en la que ven la luz las primeras entregas de *El Periquillo Sarniento*. Es de agradecer que la autora nos ilumine a los legos en literatura novohispana tardía tanto con datos biográficos de José Joaquín Fernández de Lizardi como de las circunstancias que concurren durante la composición y distribución de su creación. Ya en el ámbito textual, Alba-Koch no puede sino acentuar aspectos que denotan que el tiempo, la localización y el panorama literario son diferentes de aquellos que vieron surgir los primeros modelos del género. Por ello, contempla el texto como una amalgama de novela educativa y picaresca, un subterfugio ilustrado para alcanzar un fin más didáctico que doctrinario. El artículo da buena cuenta de ello mediante la disposición de los elementos textuales en su contexto insurgente criollo junto a la postura intelectual y política de Lizardi. Aquí, *El Periquillo* es casi el medio para ubicar a su autor en los eventos que acontecen en México y, a través de ello, ilustrar un periodo histórico novohispano tan convulso como relevante.

Entre estos estudios en los márgenes del picarismo, María Dolores Pérez Murillo firma una *rarissima avis*, incluso dentro de la heterogeneidad de este volumen, bajo el título «Picaresca, marginalidad e invisibilidad a través del cine latinoamericano (1920-2020)». La peculiaridad de esta contribución estriba en que no se ocupa del pícaro desde los presupuestos genéricos habituales, pues dedica su atención a personas —los niños de la calle— más que a personajes o, mejor dicho, la representación mediada de aquellas. Esos infantes son el equivalente actual a los cicateruelos de Zocodover y de la plaza de Madrid o los esportilleros de Sevilla que inspiraron a Alemán o Quevedo, esto es, la materia de la vida real que nutre al personaje literario. Carecen, sin embargo, de otro elemento constitutivo del pícaro igualmente principal: la tipología convencional del personaje de ficción. Pérez Murillo repasa las tribulaciones de estos pícaros metonímicos en el cine latinoamericano partiendo de la particular interpretación de Buñuel del neorrealismo en *Los olvidados* (1950) y acabando con la venezolana *Desde allá* (2015). Se

entiende, pues, que el periodo mencionado en el título es una licencia, como tácitamente admite la autora en la conclusión, y, entre ambos límites temporales, se ubican las restantes reseñas de obras luso e hispanófonas. Cada una de ellas da fe de las duras condiciones que son el pan cotidiano de miles de niños en las calles latinoamericanas, cada filme es el testigo de una realidad paralela y oculta. Desde una perspectiva referencialista, algunas de las ideas expuestas encuentran un paralelismo evidente con la temprana Edad Moderna, si no con toda la historia de la humanidad. Si algo cabe criticársele a Pérez Murillo, es la resolución innecesariamente atropellada de un artículo por lo demás interesante.

Cierra las contribuciones el capítulo «La psicología del pícaro y la lógica cultural en la literatura contemporánea escrita en español» de Santiago Sevilla-Vallejo. Este aborda las manifestaciones picarescas en la narrativa actual, aunque se abstiene deliberadamente de entrar en la teoría literaria o matices terminológicos; deja al lector la decisión de etiquetar las obras tratadas como *neopicarescas* —tiene el acierto de sacar el término por primera vez a colación en este capítulo— o entender *picaresca* según su acepción popular. Enlaza la conducta de pícaros clásicos y nuestros personajes apicarados de hogaño mediante la jerarquía de necesidades propuesta por el psicólogo americano Abraham Maslow. Pertrechado con esto, posa su mirada en tres novelas de las postrimerías del siglo pasado: *El recurso del método* (1978) de Alejo Carpentier, *Los helechos arborescentes* (1980) de Francisco Umbral y *La ciudad de los prodigios* (1986) de Eduardo Mendoza. El autor encuentra en ellos la lógica de la corrupción y la reacción crítica que esta provoca, lo que considera caldo de cultivo del hecho picaresco. La perenne ubicuidad de aquellas sería la razón de que el picarismo no se circunscriba a la novela picaresca en el sentido estricto y trascienda géneros, épocas y espacios.

En conclusión, *Pícaros y picarismo* es una monografía heterogénea, tanto por el objeto de los capítulos a los que dedica sus páginas como por la interdisciplinariedad de los enfoques utilizados. Esta diversidad es un testimonio de la capacidad picaresca de sintetizar otras tradiciones en un concepto literario novedoso, pero también de sembrar su germen en los terrenos más dispares y fructificar a lo largo de los siglos en una miríada de formas y medios. El pícaro muda de lugar, pero no de vida y costumbres. El lector con interés en las ramificaciones picarescas hallará aquí nuevas perspectivas no solo del género, sino de su transposición a otros ámbitos representativos, tiempos y espacios narrativos. Encontrará asimismo estudios dentro de parámetros más familiares, aunque esta vez dedicados a pícaros y pícaras segundones y su contexto, algo encomiable ante la prevalente inclinación

por las variantes *canónicas*. Como nota negativa, una lectura atenta de las galeradas hubiera beneficiado al conjunto, si no por erratas menores (pág. 185), sí en los pasajes donde los resbalones tipográficos obligan a detenerse más de lo debido para no comprometer la correcta comprensión (págs. 161-162).

OBRAS CITADAS

- ALCALÁ YÁÑEZ, Jerónimo de, *Alonso, mozo de muchos amos*, ed. de Miguel Donoso Rodríguez, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 2005.
- CASTILLO SOLÓRZANO, Alonso de, *Picaresca femenina de Alonso de Castillo Solórzano: Teresa de Manzanares y La Garduña de Sevilla*, ed. de Fernando Rodríguez Mansilla, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 2012.
- LÁZARO CARRETER, Fernando, *El Lazarillo de Tormes en la picaresca*, 2.^a ed., Barcelona, Ariel, 1983.
- MOLHO, Maurice, «¿Qué es picaresmo?», *Edad de Oro*, 2, 1983, págs. 127-136.
- PARKER, Alexander A., *Literature and the delinquent*, Edinburgh, Edinburgh University Press, 1967.
- REY, Alfonso, *Lectura del Buscón*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2014.
- SANTOS, Francisco, *Periquillo el de las gallineras*, ed. de Miguel Donoso Rodríguez, New York, Instituto de Estudios Auriseculares (IDEA), 2013.